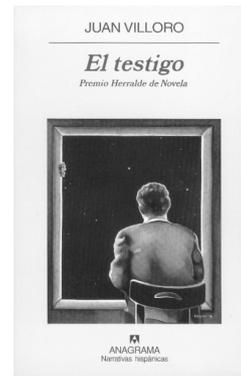


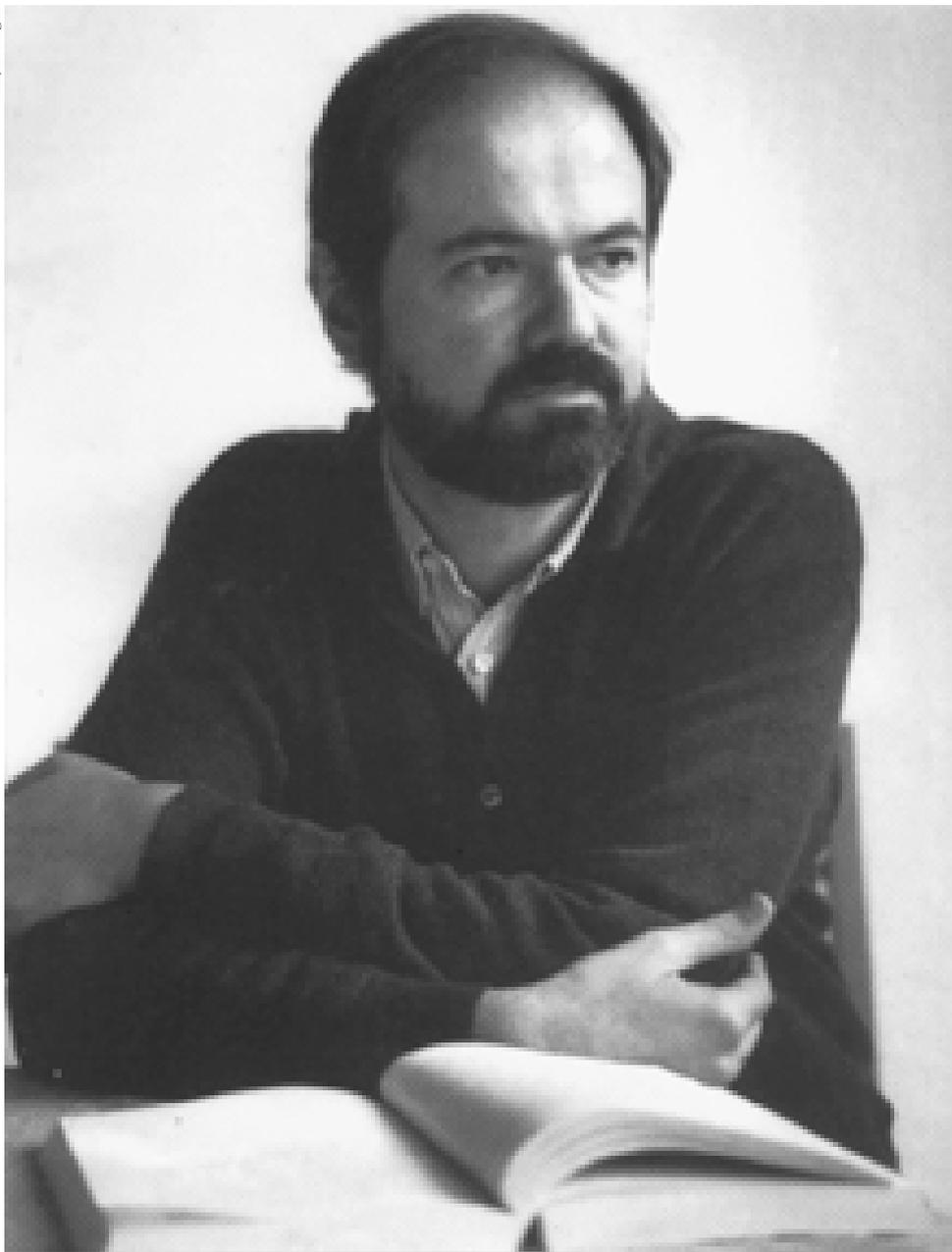
El testigo

de Juan Villoro

Ignacio Trejo Fuentes



© Barry Domínguez



El testigo, nueva novela de Juan Villoro, se mueve en tres planos principales: 1. Las pesquisas sobre el poeta Ramón López Velarde, a quien un sacerdote fanático pretende canonizar. 2. La necesidad de revisar viejos

documentos en torno a la Guerra Gistera para hacer una película donde se darán noticias inéditas del movimiento que causó tanta sangre y tantas muertes. 3. Enredadas alusiones al asunto del narcotráfico, que pro-

voca paranoia entre algunos protagonistas y luego muertes extrañas.

Y alrededor de esos tres planos (o entre ellos) se mueven subhistorias, todas interesantes. El resultado —quiero anticipar— es una novela que se lee con entusiasmo, sin parpadeos pese a sus casi quinientas páginas. Entre las subhistorias que nutren *El testigo* las hallamos de amor, incestos, traiciones de todo tipo, muertes misteriosas y violentas, rupturas amorosas y una indagación permanente en torno a la historia de México y del arte. Todos esos planos y motivos temáticos están bien orquestados en torno a Julio Valdivieso, un intelectual que vuelve a México después de residir más de veinte años en Francia, donde era profesor universitario. Al instalarse en su país, se encuentra con un mundo delirante, del todo distinto al que conocía: el PRI ha perdido la presidencia para dejarla en manos de ineptos; el narcotráfico es todopoderoso; la corrupción carcome todos los rincones de la sociedad; los omnipotentes medios de información, sobre todo los electrónicos, hacen su agosto con tanta corruptela y tanto crimen. México se está desmoronando y parece que a nadie le interesa hacer algo por impedirlo.

Novela de inocultable trasfondo político y social, se sirve de los mecanismos del *thriller* para no caer en el lloriqueo, en el panfleto y ser, ante todo, literatura de alto calibre: por eso tanta acción, tantas historias bien entreveradas. Y es aquí cuando entra en juego la pericia narrativa del autor, cuyas cualidades son innegables. En el *thriller* lo principal es la acción, el vértigo narrativo, por eso es apreciado por los lectores. Y como dije, el libro de Juan corresponde a esa especie, con la ventaja de que sabe introducir en él valiosos, necesarios y oportunos tiempos de reflexión.



Roger de La Fresnaye, *Hombre sentado*, 1914

Por ejemplo, el análisis que se va dando, muy bien dosificado, de la persona y la obra de López Velarde es uno de los más rigurosos y brillantes que conozco, y lo es porque muestra a un personaje totalmente distinto del que suelen darnos los libros de texto o las estampitas que venden en las papelerías, en las cuales es un héroe immaculado, casi un santo (no en balde, en la novela quieren canonizarlo). Aquí es un hombre de carne y hueso, voluble, voluntarioso, mujeriego, se cae del pedestal sin que por ello su poesía sufra abolladuras.

Como dije, la novela reciente de Juan Villoro se apega a los lineamientos del *thriller* y por eso está llena de acción, aunque se diferencia del común de los ejemplos del género porque pese a seguir aquella premisa el autor se da tiempo para la reflexión, para los planteamientos serios de asuntos serios, como la corrupción que se extiende por todo México, la presencia de los poderosos narcotraficantes y sesgos de la historia nacional como la Guerra Cristera. Por todo eso, me parece la mejor novela de Juan.

Mencioné asimismo que el escritor plantea esos temas en torno al amor, principalmente el incestuoso, a cargo de Valdivieso, el protagonista principal de la obra, y su prima; pero no podemos dejar de lado la agitada vida amorosa del poeta López Velarde: lo curioso es que las cuatro mujeres que se enamoraron de él terminaron su vida como solteras, mientras él murió a los treinta y tres años.

Del lado de la mucha acción basta ver las actuaciones de los policías para confirmar la bestialidad de esa especie y sus métodos de “investigación” de todos tan temidos. Y algo importante, estos personajes hablan en la novela como lo hacen en la realidad, es notable la fidelidad conseguida por el autor. Y ese fiel registro se extiende a todos los demás protagonistas de *El testigo*: cada quien se expresa según su condición, y por eso no parecen acartonados, sino auténticos y ese es un gran mérito. Villoro opta por la concreción y la engañosa sencillez, no se complica la vida y no se la complica a los lectores; pero tampoco cae en lo corriente, hay un adecuado control del tono.

En sus novelas anteriores, Juan tomó como escenarios sectores específicos de la Ciudad de México (una clínica en una zona popular en *El disparo de Argón*, y Xochimilco y el Centro en *Materia dispuesta*). En *El testigo* amplía el espectro geográfico, y va de la capital a San Luis Potosí y a otras partes para dar noticia de cómo el país se desmorona. De esto el novelista hace señalamientos específicos, pero también muchos guiños que nosotros debemos descifrar. Y es posible, muy posible, que cada uno de nosotros se reconozca en esas aguas turbulentas que anegan México: tal vez nos veamos reflejados en ese nuevo espejo humeante.

Por lo dicho hasta aquí, es obvio que la nueva novela de Juan Villoro merece la atención de los lectores, e insisto: por sus condiciones de buen *thriller*, su volumen no impide que se lea como es deseable: sin interrupciones y con enorme gusto. **U**

Juan Villoro, *El testigo*, Anagrama, (Premio Herralde de Novela), México, 2004, 470 pp.

Villoro opta por la concreción y la engañosa sencillez, no se complica la vida y no se la complica a los lectores...